

Hace casi 5 años, falleció mi tío, Julio Simonin Sala, unos meses antes, me había remitido un pequeño libro escrito por él mismo, que relataba sus vivencias en San Rafael. Tanto su familia como la de su hermano Rafael –mi padre- vivíamos en Mentidero, pero para nosotros los lazos entre esas 2 comunidades son tan estrechos que no hay separación.

Este relato lleva errores de redacción, repeticiones y otros. He suprimido algunos para agilizar la lectura pero quiero aclarar que no se trata de un documento histórico ni literario; solo lleva el deseo de mi tío, de contarles su historia y el mío... no olvidarlo a él.

Espero lo disfruten

Elizabeth Simonin Maitret

San Rafael y yo

Dedico este relato sobre la vida y las costumbres de la colonia San Rafael a los inmigrantes franceses, hombre y mujeres, que lo hicieron posible y a los generosos mexicanos que les proporcionaron una nueva patria

Julio M. Simonin Sala

Introducción

Hace algunos años, cuando mis padres aun vivían, empecé a escribir estos apuntes sobre la vida y costumbres de San Rafael, Municipio de Martínez de la Torre, Estado de Veracruz, en 1941, año de la llegada de nuestra familia, de apellidos Simonin Sala a esta próspera población, vista con los ojos de un joven que no la conocía pero que era la cuna de su padre y de otros antepasados suyos -mi madre era de Villahermosa, Tabasco- en una época de muchos cambios y el lector me perdonará que los haya escrito en primera persona, pero la explicación es que no tuvieron mas pretensión que proporcionar a mis hijos, nietos y demás descendientes y a alguno que otro adulto que se interese en este tema, una idea de como se vivía en ese entonces, justo antes de que llegara la carretera, la electrificación y muchos otros inventos que en la actualidad hacen la vida más cómoda y agradable, no sé si más feliz, pero que cambiaron las costumbres a una velocidad increíble, como lo notarán en el transcurso de mi relato, comparándolas unas con otras. Mi mayor satisfacción sería que a algunas personas mayores les traigan a la memoria recuerdos de ese tiempo y a los jóvenes quizá les interese saber de una época que se fue para no volver y aunque están muy mezcladas con mis vivencias personales, espero relatarles algunas sabrosas anécdotas que les hagan sentir esta lectura más amena.

El autor.

La Salida

Muchachos, ¿Les gustaría que nos fuéramos a vivir a San Rafael?

Con esta sencilla pregunta que nos hizo nuestro padre, Carlos Simonin Yrisson, se inició lo que para mi hermano Rafael –a quien mi padre le puso ese nombre en recuerdo de su pueblo-, para mi hermana María de Lourdes y para mí, constituía un sueño

Mi hermano Carlos Augusto era aún muy pequeño y no participaba en las muchas pláticas que sobre San Rafael había en la casa de nuestros padres o en la escuela de J. Rodríguez Clara, Ver. que era la población en la que nos encontrábamos viviendo y en la que nos daba clases el para mí inolvidable profesor Nicolás Mendoza, nativo de Tlapacoyan y por lo tanto, casi vecino de de San Rafael, el que también ponía su granito de arena para encender nuestra imaginación de niños, que de por sí no necesitaba que la encendieran mucho.

Mendoza, bajito, moreno inteligente y vivaz, nos contó que una vez había estado en un baile en San Rafael y estuvo bailando con una “güerota” que le ganaba en estatura cuando menos por una cabeza y para no ofenderla, debía tener cuidado –dada la diferencia de estaturas- de colocar su mano derecha muy alto y aseguraba que San Rafael estaba lleno de esas “güerotas”, las que aparte de lucir su estatura eran muy bonitas, de ojos claros y muy trabajadoras.

Entre otras cosas que nos relataba, estaba una que parecía increíble, ya que nos decía que en ese tiempo había muchos peces en el río que por esa región pasa, llamado “Bobos” o “Nautla” y se prestaba mucho para que las mujeres que vivían en sus márgenes, cuando iban a lavar la ropa de la familia, aprovecharan para llevarse un cordel con anzuelo, el que seaban hasta con tripas de pollo o pedazos de pescado y cuando terminaban su trabajo ya llevaban para el caldo, un robalo tan fresco que aún iba coleando.

Con el paso del tiempo comprobamos que esos relatos eran verdad.

También en ese tiempo había un agente viajero de una conocida fábrica de galletas, muy apreciado en la zona de su trabajo y con el que mi padre tenía una gran amistad y especial afecto (con mayor razón pues eran del mismo pueblo), llamado Clemente Couturier Bernot, (mi abuelo; Gerardo Couturier) el que también aconsejaba a mi papá que regresara a su lugar natal en donde pensaba él, tendría más oportunidad de mejorar y a los jóvenes nos hablaba de las preciosas muchachas que íbamos a conocer si nos veníamos.

Como esas pláticas se efectuaban muy seguido, nuestra imaginación volaba y volaba, así que al hacernos nuestro padre la pregunta de que si nos gustaría irnos a vivir a San Rafael todos contestamos Sííííí, mientras nuestra madre, Leonor Sala nos escuchaba entre incrédula y escéptica. Así fue como después de más de un año de preparativos llegamos por fin a San Rafael, el 4 de mayo de 1941.

Dejamos en Rodríguez Clara a nuestra madre, a mi hermana María de Lourdes y a mi hermano Carlos Augusto. Los que éramos de la avanzada de nuestra aventura mi padre Carlos Simonin, mi hermano Rafael y un servidor Julio, llevábamos al hombro por tramos, nuestro único capital, una caja de madera conteniendo herramientas de carpintería y ebanistería. Con esa caja de herramientas, nuestros cerebros y brazos contábamos para conquistar nuestro propio Oeste.

¡El tiempo demostró que no estábamos equivocados!

La traída del resto de la familia

Después de esa opípara cena y de haber comido como reyes, regresamos a la casa donde debíamos pernoctar.

A un sueño reparador siguió un magnífico desayuno y nuestro padre, obedeciendo a no sé que secreto impulso decidió seguir adelante hasta un lugar conocido como “El Mentidero”. Yo creo que fue debido a que él vivió allí con sus hermanos y también tenía parientes y amigos de los que guardaba un buen recuerdo. Pero era lógico pensar que en San Rafael habría más trabajo del tipo que sabíamos hacer o sea de carpintería y de ebanistería así que primero fuimos a visitar a otro primo de mi papá, el Sr. Ismael Maitret Yrisson, quien nos invitó a comer otro banquete, pero para entonces ya empezábamos a ver esas abundantes comidas como algo natural en la región. Pero antes, fuimos a darnos nuestro primer baño en el río, en compañía de nuestros primos.

El tío Marcelo, pues así lo conocía todo el pueblo, le ofreció trabajo a mi papá de transportar hielo en una lancha de motor de San Rafael a Nautla, puerto que en ese entonces tenía cierta importancia debido a que era la base de los remolcadores que transportaban los chalanes cargados de plátano – que era el producto que con el tiempo sería la riqueza de la región- hasta los barcos de las compañías extranjeras que eran las únicas que comercializaban esa fruta, pues todavía no existía la carretera; pero mi papá no aceptó, confiado talvez en su oficio, así que decidió seguir adelante; abordamos nuevamente la lancha de correos y llegamos por fin a “El Mentidero”

Desembarcamos en el puerto del Sr. Paulino Crespo, agente de correos, comerciante de abarrotes, agricultor y ganadero quien nos dio los datos para llegar a la casa del Sr. Eugenio Capitaine Laval, quien nos dio generosa hospitalidad a pesar de que era evidente de que los días de grandeza de esa familia habían pasado ya, pasamos varios días en su casa, en compañía de sus hijos y de su esposa hasta que encontramos trabajo con el tío Alfredo Thomas Romagnoli. Conseguimos una casa de madera con el Sr. Armando Thomas Romagnoli y nos pusimos a arreglarla.

Por cierto que también esa familia nos invitó a disfrutar de su mesa varias veces pues en casi todas las casas sobraba comida y era costumbre invitar a parientes y amigos y algunas veces hasta a algún desconocido que iba de paso y pues la casa que estábamos arreglando estaba muy cerca de la suya así que aceptábamos pero sentíamos vergüenza de que nos invitaran muy seguido y mejor comíamos en el mismo trabajo una lata de sardinas con torta de pan francés, queso y chilitos serranos; aunque el menú no se parecía ni remotamente a las comidas que rechazábamos, sentíamos más satisfacción pues nos lo habíamos ganado.

Una vez conseguida una casa y con cierto dinero ahorrado, se pensó en la venida del resto de la familia (mi madre, y mis hermanos Lourdes Y Carlos). Como mi papá debía continuar el trabajo y Rafael era demasiado joven, fui yo el designado para ir por ellos. Así fue como emprendí la nueva aventura de atravesar la sierra de Teziutlán con su carretera trozada por varias partes, porque eso era en esos tiempos viajar por esa parte del país, una auténtica aventura, en autobuses de segunda clase, desvencijados hasta al grado de que a veces para llegar a nuestro destino y si se había hecho de noche, se veía a los pasajeros parados en los estribos, alumbrando al chofer el camino hasta llegar a la Terminal.

Una vez en Rodríguez clara, con todos lo necesario empacado, partimos en ferrocarril hasta Veracruz, en donde nosotros nos detuvimos unos días, visitando a la familia de Vicente León, amigos de mi madre. Los muebles continuaron su recorrido en barco, hasta Nautla. Días después nosotros seguimos por vía terrestre.

Tras un nuevo cruce de la sierra de Teziutlán, casi llegando, nos avisaron que los muebles ya estaban ahí y como finalmente el tío Alfredo le había facilitado a mi papa una casa más amplia que la primera, fuimos por ellos y nos instalamos toda la familia junta, definitivamente.

Los paseos en lancha

Apenas instalados, empezamos a recibir visitas y a ser invitados a las casas de los vecinos y a unos paseos en lancha a la playa; paseos que resultaron ser una costumbre muy bonita de lo que aquí se conoce como la Colonia, por haber sido colonizada por franceses. Esos paseos se realizaban en unas lanchas grandes de madera de cedro, de fondo plano y con un capacete que protegía del sol y de la lluvia, las cuales eran movidas por un motor de automóvil adaptado para el caso. Proporcionaban un servicio colectivo a los colonos que vivían a lo largo del río.

Estas lanchas, iban recogiendo a las familias que les hacían señas desde la orilla, las que ya estaban preparadas con sus canastas de comida y una vez que se llenaba la lancha se continuaba el viaje y las familias que no cabían se iban en otra ya que varias prestaban ese servicio, dirigiéndose a la playa de su predilección.

Me acuerdo de una playa que era muy frecuentada pues por un lado tenía un río, por el otro el mar y por otro, casi la partía en dos un esterito y por tener cocoteros le habían puesto por nombre Palmar Guadalupe, en donde personas como Flota, un pintoresco personaje, nos vendía cocos y si se pescaba algún robalo o pargo, lo aliñaba y preparaba un sabroso caldo y otra parte la freía.

Después de corretear un rato y de haberse bañado, se buscaba una sombra donde se juntaban varias familias, se extendían los manteles, ponían sus comidas en comunidad para que todo el mundo comiera lo que se le apeteciera y entre el ejercicio y el baño, a todos se les desataba un apetito feroz; el resultado era una comilonas que aún no me explico como no mataban a nadie.

Después de la comida unos dormían la siesta, otros reposaban, algunas parejas se formaban, otros más paseaban, casi todos esperando la hora de darse otro baño y a darle otra entrada, como a las cinco de la tarde, a la comida, pero ni así nos acabábamos.

De regreso en la lancha, a veces nos veníamos platicando o cantando y los cantos de la juventud resonaban a todo lo largo del río. Esa costumbre desapareció casi de repente y a mí se me hizo más notoria pues el deseo de estudiar me alejó de la colonia durante año y medio y fue precisamente en ese lapso que entró la carretera y la gente dejó de ir a la playa en comuna, pues les era más fácil trasladarse en autobús o en automóvil a otras playas que se pusieron de moda por estar más accesibles por tierra. Así que cuando regresé, los paseos colectivos en lancha habían desaparecido y con ellos, una de las páginas más románticas de la historia de la Colonia de San Rafael.

La pesca

¡Ayayayyyyy!, el grito mexicano resonó por todo el platanar saliendo de la garganta del siempre sonriente y bromista Julio Capitaine Faibre. Al preguntarle qué pasaba, me señaló hacia el norte en donde unos negros nubarrones anunciaban al primer “norte” de la temporada, con el frío consiguiente, el cual era seguido por la bajada del “bobo” pez con el que se hacía un exquisito caldo y ese tiempo, para todos los pescadores, era como una fiesta que se esperaba con ansía, una pesca

que se efectuaba sobretodo de noche, cuando el pez va a desovar hasta la boca del mar, entre “hombres”

Durante ese periodo, las gentes se reunían en la casa de un familiar que habitaba cerca de la orilla del río y mientras los niños esperaban en la orilla el paso de las lanchas y el regreso de sus padres o de sus tíos o hermanos mayores, las mujeres preparaban el recaudo para el caldo y varias ollas de café bien caliente, para reconfortar a los pescadores que venían constantemente a aportar el fruto de su pesca antes de continuar diciendo -“ya esta es la última vueltecita y le paramos”-

Había otros tipos de pesca, como la de “vara” que como su nombre lo indica, no era más que una vara de diversas clases de madera de monte, con un pedazo de alambre delgado y un anzuelo en la punta que servía para capturar varias especies como el sargo, robalete, zorra, huevinas y parguetes. La mejor temporada para esta pesca era en verano, cuando se aclaraba el río que se había revuelto por causa de las lluvias en la sierra. Pero no crean que era cosa de juego, había que aguantar muchas veces el sol que pegaba de lleno pues los mejores lugares de pesca no tenían ni una sombrita, sin contar a los molestos mosquitos.

También estaba la pesca del langostino o acamaya, que empezaba con las revolturas del Bobos en mayo o junio. Esa pesca se hacía con una red parecida a la de cazar mariposas pero con tela para mosquitero para que el agua saliera rápidamente. La pesca se efectuaba en un bote o panga gobernados por un canaleta, especie de remo largo y con pala más ancha. En la proa iba otro pescador con su red, metiéndola debajo de las palizadas y en las plantas de “reina”, un lirio acuático que flotaba río abajo.

Una forma más, de atrapar variedades pequeñas era con el “trinche” que era un palo que se ensanchaba en la parte de abajo, que se adelgazaba por el lado para que no salpicara ni hiciera ruido y al cual se le incrustaban en la madera cuatro o cinco alambres de acero muy bien afilados y con el mismo procedimiento de un bogador en la popa y un trinchador en la proa se recorrían los márgenes del río y se trinchaban acamayas, jaibas y algunos peces.

Otra de las pescas era la del sábalo y en el verano, se veían surgir por montones, capturados con un arpón, sujeto a un cordel grueso que era fabricado por los mismos pescadores. Ese arpón iba sujeto a una vara arrojadiza de madera de zapote chico y al penetrar en el cuerpo del animal, el arpón se desprendía y el pez quedaba sujeto por el cordel y cuando el animal se cansaba se metía en la panga y en ese instante se le decía pescado. Este método era lento y difícil, por lo que se capturaban pocos ejemplares en un año y se necesitaba ser un experto en arrojar el arpón como el Sr. Ernesto Collinot Frappé, que era de los pocos que tenían buena puntería.

Algunos utilizaban un rifle, espiando a los robalos que se acercaban mucho a la orilla.

También se pescaba la jaiba que en ese tiempo eran enormes, se empleaban unos aros de bejuco o de alambre con una red de malla chica, estirada y cosida alrededor del aro y conectada a la superficie con un cordel y una boya para indicar el lugar en donde se encontraba y a esa naza, se le ponía una carnada de cualquier pescado y una piedra, para que se sumergiera.

Todo esto ya desapareció por completo, pero no fueron los pescadores la causa, sino el ingenio azucarero, fábricas de papel, la juguera y otras empresas sin control que echan sus residuos al río causando la muerte de millones de animales acuáticos. Esas empresas son indispensables para el progreso, pero tanto el gobierno como las propias empresas deberían encontrar la manera de no causar tanto daño a la ecología. También los drenajes que desembocan a los esteros y al río

contaminan mucho, debido a la presencia de jabones, detergentes, aceites y diversos productos químicos usados en el hogar.

El enanito

¡El enanito! ¡El enanito! La noticia corrió como reguero de pólvora por todo El Mentidero, en el cual, como en todos los pueblos chicos, las noticias corren de boca en boca, a la velocidad del rayo. ¿En dónde? ¿Cuándo? Estas y otras preguntas se hacían los vecinos y surgían las versiones a cual más increíble y el que la traía la platicaba con lujo de detalles, agregándole algo de su propia cosecha, pues es el modo de divertirse más y aprovechar la ocasión para salir un poco de la monotonía que ocasiona trabajar y trabajar casi sin ninguna distracción.

Aquí les contaré cómo la gente sencilla y poco comunicada cree con mucha facilidad, versiones descabelladas de cualquier suceso.

La versión final era que a un peón de tío Alfredo, quien siempre había sido muy madrugador, un día que había ido al potrero tan temprano que casi era de noche y todavía no se veía bien, un ser pequeño se le había parado enfrente y le había puesto las manos en el pecho. Él no pudo ver exactamente de que se trataba pues estaba muy oscuro, pero al relatar lo que le sucedió y al decir que era algo tan pequeño, que parecía enanito, la gente lo bautizó enseguida como el enanito y estaban alarmados.

Como antes he relatado, la necesidad me había hecho viajar sólo y por la fuerza de las cosas me había hecho menos crédulo, por eso mismo, no estaba dispuesto a creer en enanitos que se aparecen en la madrugada en los potreros, para asustar a la gente, así que me ofrecí a ir a donde supuestamente se había aparecido. Pero no sé si fue porque yo era muy joven, porque no se lo dije a la persona adecuada o porque era recién llegado, el caso es que ni en cuenta me tomaron.

Como todos los lugareños estaban inquietos por no saber verdaderamente de lo que se trataba y muchos de ellos tenían que atender sus ordeñas muy de madrugada así como mandar a sus hijos a arrear el ganado y a otros menesteres, todos temían y no sin razón, que a ellos o, peor aún, a sus hijos, se les fuera a aparecer, entonces se pusieron de acuerdo y organizaron una batida para buscar al supuesto enanito y salir de dudas de una vez por todas.

Con ese objetivo, una madrugada se juntaron varios vecinos y sus peones -a mí ni me invitaron-, armados de carabinas, rifles, machetes y garrotes y partieron para la “zona de peligro” separándose para cubrir más terreno, tal como ordenan los cánones clásicos de la búsqueda de personas, animales o cosas. No tardaron en oír un grito -precisamente del peón de tío Alfredo al que se le había venido encima el famoso enanito- ¡Pero el peón iba armado de un fuerte garrote! Así que le pegó un tremendo golpe en la mera cabeza, dejando instantáneamente muerto a su agresor.

Al oír el grito, todos corrieron con sus lámparas en mano y al alumbrar vieron de lo que se trataba : ¡Un mapache!

Con una larga y fuerte vara que le atravesaron entre las patas amarradas se lo trajeron cargando, turnándose de dos en dos, para enseñárselo a todo el que quisiera verlo. De esa manera volvió la tranquilidad a El Mentidero y poco a poco se olvidó el espanto que había ocasionado la aparición del “enanito”.

Las comunicaciones y el servicio militar

Poco después de nuestra llegada a El Mentidero, se implantó el Servicio Militar Obligatorio y para cumplir esa Ley, todos los jóvenes nacidos en el año 1924 fuimos citados a Martínez de la Torre para ser inscritos y posteriormente hacer un sorteo para determinar quienes irían y quienes no, tal vez, ante la imposibilidad de instruir a todos los muchachos nacidos en ese año, así que emprendimos la nueva aventura de trasladarnos a ese lugar, distante de unos 36 kilómetros.

Para que juzguen hasta que punto esa distancia sin buenos caminos puede aislar a los pueblos y a sus habitantes, les diré que el padre de uno de los jóvenes que debía presentarse el mismo día que yo en Martínez, me pidió que acompañara a su hijo, un muchacho con plenas facultades físicas y mentales, pero que nunca había ido más lejos que San Rafael y eso, acompañado por su familia. Así que nos pagó una lancha especial hasta San Rafael. Ahí, por una módica cantidad y en compañía de otros pasajeros, contratamos un coche, propiedad del Sr. José Herrera, mejor conocido como Don Pepe.

A ese señor, con la malicia de los veracruzanos y con la intención de verlo presumir de las “enormes” velocidades a las que corría su auto, las gentes le decían : -Don Pepe, vamos muy despacio- y él respondía : -eso es lo que ustedes creen pero saquen la mano y verán, ¡Vamos como a 30 kilómetros por hora!-

O le decían : -Don Pepe queremos oír música pero su radio no sirve- y él contestaba : -Eso creen, pero denme 10 centavos y van a ver como si toca- y todos se divertían diciendo que era la primera sinfonola de monedas que había llegado por aquí.

Pero sigamos adelante con nuestro viaje. Una vez acomodados en el coche, partimos hacia nuestro destino a las 9 de la mañana. En esta región llueve mucho y las constantes lluvias creaban muchos hoyos y esos hoyos grandes raramente se secaban, por lo que estaban llenos de agua verdosa o de un lodo pegajoso en el que con facilidad se quedaban atascados los vehículos.

Casi desde el principio del viaje empezaron las dificultades, pues antes de llegar a Paso de Telaya el camino era una verdadera plancha de lodo. Sólo la habilidad y la practica de Don Pepe nos permitió salir adelante e ir avanzando de charco en charco y de lodo en lodo, hasta que encontramos un charco gigantesco, a la orilla del cual hizo alto nuestro chofer, bajándose para estudiar la situación.

Una vez decidida su estrategia, nos hizo bajar a todos y tomando todo el impulso que le permitían los charcos de atrás, lanzó tan de prisa como pudo su viejo y de poca potencia vehículo. Pero, la velocidad con la que entró hizo salpicar al agua verdosa la cual mojó las bujías, cables y otras cosas y se paró el motor, quedando el coche como un hipopótamo en medio del charco.

Tuvimos que quitarnos zapatos y calcetines para empujar el coche y una vez en la orilla, con los pañuelos de Don Pepe y de otros pasajeros, secamos las bujías y los cables; sólo así logró arrancar el motor para seguir adelante.

Pero no nos duró mucho el gusto porque al ir en medio de otro charco oímos un ruidito, como el de una máquina desgranando maíz. Al bajarnos, descubrimos que los rayos de una rueda (como eran de madera y tal vez medio podridos por tanta humedad) se habían desgranado. Nunca podrán imaginarse el trabajo y la enlodada que nos dimos para poder levantar el coche y meterle una refacción.

Después de mucho batallar lo logramos y seguimos adelante una vez más, entre charcos y lodos hasta que nos quedamos bien atrapados en un hoyo lleno de ese lodo muy pegajoso, del que es verdaderamente difícil salir. No hubo más remedio que conseguir la ayuda de un campesino que con una pareja de bueyes nos vino a jalar. Sólo ahí habíamos perdido como hora y media más.

Seguimos adelante y aunque varias veces más nos atascamos, con un empujoncito de los pasajeros y la fuerza del motor lo sacábamos y avanzábamos hasta llegar a María de la Torre, en donde debíamos cruzar un vado bastante hondo. Yo pensé : -¡Hasta aquí llegamos!- pero gracias a la pericia del chofer el auto pasó sin mayores contratiempos y los pasajeros atravesamos en una panga que daba ese servicio.

De ahí en adelante el camino mejoró mucho, por lo que avanzamos rápidamente y a las 4 y media de la tarde llegamos a la inscripción del sorteo a Martínez, 7 horas y media después de haber salido de San Rafael.

La siguiente vez que regresé a Martínez (el día del sorteo), mi amigo Honesto Collinot Capitaine y yo, al no encontrar medio de transporte en San Rafael, decidimos ir a pié, atravesando las siembras para librar los charcos. Luego de cansarnos mucho, llegamos a Martínez 7 horas después. O sea que a pié, hicimos media hora menos que en coche. En el sorteo, tanto mi amigo como yo obtuvimos “bolita blanca” lo que nos evitó tener que hacer ese recorrido cada semana.

He consignado aquí todos esos detalles, para que comprendan el tremendo esfuerzo que era viajar de un lado al otro, tanto para los chóferes como para sus vehículos. En el mejor de los casos, cuando había una “seca”, con el transitar de los caballos, el ganado y las carretas con sus ruedas de aros de acero, se molía el lodo seco del “camino real” convirtiéndose en un fino polvo que con las fuertes brisas del verano o el paso de un vehículo de motor, se levantaba en grandes polvaredas que se tenían que tragar tanto los ocupantes del vehículo como las gentes que vivían a los lados del camino.

Así que los caminos cuando no tenían agua y lodo tenían polvo. Este último, cuando volvía a llover se convertía nuevamente en lodo pegajoso y así eternamente.

Los velorios

Recientemente, mientras velábamos a una amiga de la familia, recordé cómo eran los velorios en la Colonia, cuando nuestra familia llegó a San Rafael.

Cuando fallecía una persona, inmediatamente se enviaba un propio a caballo, a informar a los familiares, amigos y vecinos del deceso y todo el que estuviera haciendo algo que se pudiera suspender dejaba sus quehaceres, se alistaba y se dirigía a la casa en donde se iba a velar al difunto, a pié o a caballo; a muchas señoras y señoritas las llevaban en bote o panga, pues casi todas las casas estaban a la orilla del río.

A todas esas personas, que se quedaban durante la noche y parte del día siguiente (hasta que había pasado el entierro), y a los que venían de muy lejos y se quedaban uno o dos días más, a todas sin excepción, se les daba de comer las 3 veces del día. Pero hay que tener en cuenta que cada época forma sus propias costumbres y éstas tienen su razón de ser.

Ya hemos mencionado las condiciones de los caminos, del transporte que era lento y cansado, que no había aún muchos motores y que el impulso para los botes era proporcionado por la fuerza de los brazos, empleando canaletes, así que hubiera sido mucho pedir que esas personas, que con dificultad se habían trasladado al lugar del velorio, se fueran a comer y a descansar a sus casas, pues lo más probable es que muchas no hubieran podido regresar a tiempo para el entierro.

También les he relatado que había mucha comida y que ésta era bastante barata; por si fuera poco, muchas personas llegaban con gallinas y huevos o alguna otra cosa para comer y entre todas las mujeres preparaban comida para todos. Comida, cena, desayuno, merienda, el café con galletas, el chocolate calentito y cualquier otro alimento que fuera necesario.

Se acostumbraba también que mientras unos hombres fabricaban el ataúd de madera, otros abrían la fosa, turnándose para apalear la tierra; claro, sin dejar de mojar al gazonete con un buen trago de aguardiente puro de caña, a veces añejado con ciruelas pasas, lo que le daba un rico sabor a coñac según me contaban los viejos que lo probaron; esa tradición se perdió también, al hacerse necesarios los profesionales para construir la bóveda de ladrillo.

Y los vinos de naranja, mandarina, capulín o nanche, añejados durante largos años, circulaban toda la noche entre los presentes, mientras las mujeres que no estaban ocupadas en la cocina permanecían en la misma pieza que el difunto –pieza que se vaciaba de todas sus fotografías, cuadros y decoraciones-, acompañando la rezandera que murmuraba un rosario a cada hora.

Así, ayudándose unos a otros, ni la familia del difunto tenía gastos excesivos, ni los acompañantes se tenían que regresar a sus casas antes de que todo estuviera terminado, quedando todos con la satisfacción del deber cumplido.

Hoy en día, la mayor parte de las personas se presentan después de las horas de las comidas; conforme se acerca la madrugada, se retiran para ir descansar a sus casa y dejar a los familiares cercanos, la última guardia de la noche. Al día siguiente se presentan puntualmente a la hora señalada, para acompañar el difunto a su última morada.

Aquí tenemos un perfecto ejemplo de la evolución de las costumbres ya que la mayoría de ellas -si no todas- están supeditadas a la época, las circunstancias y a los medios con los que se cuenta. En este caso, la introducción de una carretera transitable en todo tiempo y de los vehículos con motor a alta velocidad, permiten recorrer grandes distancias en pocas horas, cambiando las costumbres de los velorios y de los entierros, así como de muchas otras cosas.

La riqueza de San Rafael

La riqueza de San Rafael según yo lo veo son : la tierra, el régimen de lluvias, la agricultura, la ganadería, la herencia francesa y sobre todo el trabajo de la gente que habita aquí, pues nada sería posible sin este último.

Pero en esta parte de mi relato me referiré a lo que se sembraba o se criaba en la época en que mi familia y yo llegamos a la Colonia.

Se podría nombrar a la ganadería bovina como la que más beneficios proporcionaba pues con ella tenían carne, leche, crema, quesos de varias clases, mantequilla y dinero en efectivo.

La ganadería caballar o equina solo era complemento de la anterior y no tenía mucha importancia. Era la agricultura la verdadera vida de la región, pues aparte del maíz, indispensable para su dieta diaria, consumido en forma de elote tierno para el nixtamal para las tortillas y tamales lo utilizaban también para criar sus cerdos, que necesitaban para la grasa y la carne y para la crianza de gallinas, las que proporcionaban carne y huevos y era tanta la abundancia de estas aves que las amas de casa las usaban para el menú diario y que los colonos decían en broma “-el día que peor se come en mi casa es gallina-“

También sembraban sorgo para escobas y ellos mismos las fabricaban; matas de estropajo y un par de hierbas silvestres que les proporcionaban una espuma parecida a los detergentes modernos y que les servía para lavar los trastos de cocina y hasta la ropa.

Entre las siembras importantes figura la vainilla, un cultivo muy extendido antes del plátano. Existían en esta zona tres variedades : la Cimarrona (Vanilla Silvestris), la Pompona (Vanilla Pomposa) y la Común (Vanilla Planifolia), pero sólo esta última era realmente apreciada por su aroma, la cantidad y la calidad de su aceite. Se exportaba en cantidades bastante importante, al grado de que no había billetes de banco o los cosechadores no los aceptaban y exigían su pago en pesos fuertes de plata y el día de pago tenían que llevarse su dinero en una carretilla.

Su cultivo, beneficio y comercialización generaba bastante mano de obra pues estaba la *siembra*, el *cultivo*, la *fecundación* que se hacía a la mano, flor por flor, la *cosecha*, el *acarreo*, el *beneficio* el cual también necesitaba mucha mano de obra pues se requería del sol para la evaporación de la humedad de las vainas o de los caloríficos (cuartos bien cerrados a los que con leña les hacían alcanza fuertes temperaturas para que las vainas evaporaran más rápidamente); la *clasificación* por calidad y tamaño; las defectuosas o muy pequeñas, se cortaban en pedazos y se vendían. en forma de picadura, conlas demás se hacían unos mazos muy hermosos lo que en número de cuarenta, se metían en cajas de hojalata para su venta y exportación. Por último, estaban el *empaque* y el *transporte*.

También el tabaco fue un cultivo muy importante al inicio de la Colonia, pero dejó de serlo muchos años antes de mi llegada y el café y el chocolate, pero que se utilizaban sobretodo a fines de consumo interno.

En cuanto al plátano, se cultivaba comercialmente el llamado Tabasco o Roatán que se exportaba por mar y se trasladaba en grandes chalanes arrastrados por potentes remolcadores hasta los barcos de las compañías americanas a quienes se les vendía y que tenían su base en el Puerto de Nautla.

Pero había un desperdicio enorme ya que la producción excedía con mucho la capacidad del barco y después de que había sido sembrado, cultivado, cosechado y transportado hasta el mismo borde del barco, los clasificadores ordenaban “-al agua, al agua-”, aunque no tuvieran ningún defecto, sólo obedeciendo a órdenes superiores para bajar el porcentaje de racimos que tenían que pagar y en esa

forma una gran parte de la producción se perdía, pero no tenían forma de defenderse ya que no había otros compradores por la falta de comunicación por tierra.

Con el tiempo, todo eso cambió y el plátano llegó a ser la mayor riqueza de San Rafael, para eso se necesitó la introducción de carreteras pavimentadas que permitieran enviar los productos a cualquier parte del país o del extranjero y superar otros contratiempos de importancia, ya que la primera variedad que se sembró era la “Gros Michel” y la afectó el “Mal de Panamá”, terrible plaga que arrasó con los plantíos y tuvieron que traerse otras variedades a las que no les afectara dicha enfermedad.

Se experimentó primero con el llamado Mejorado o el Rombo o Rambao y después con el Váler y con el Cavendish gigante, al que también lo han afectado otras enfermedades como la Sigatoca Amarilla, la cual era relativamente fácil de combatir con citrolina, un derivado del petróleo, puesto a disposición de los agricultores a precio subsidiado por Petróleos Mexicanos, pero recientemente ha aparecido una nueva enfermedad llamada Sigatoca Negra, la cual es más virulente y ha sido necesario combatirla con productos químicos, de importación que resultan cada día más caros pero que también le han dado más tamaño, grosor y calidad a esta fruta tan sabrosa y nutritiva.

A la variedad Cavendish, también conocida como Oaxaco o Enano-Gigante (enano por la altura de la planta y gigante por el tamaño del racimo) no le afectan tanto los vientos, a menos que sean muy fuertes, en cambio, tiene mucha tendencia a inclinarse, por lo que hay que hacer fuertes inversiones en hilo o “pita” de plástico pues hay que ponerle hasta dos hilos a cada racimo. A pesar de este inconveniente, es la que más ventajas ofrece por su calidad, buen sabor y alta productividad y la variedad que más se cultiva en la actualidad.

Como eran la casas y el alumbrado

Es muy interesante recordar como estaban hechas las casas en toda la zona que colonizaron los franceses, ya que eran muy diferentes en su forma y construcción de las del resto del país. Como es natural al emigrar, los fundadores se trajeron sus modos de vivir, de trabajar, de alimentarse y hasta su arquitectura. En algunos casos se tuvieron que adaptar a los materiales que había en la zona; en otros, ellos mismos fabricaban muchos de los objetos que les hacían falta como lo explicaré más adelante. Gracias a nuestro oficio de carpinteros y ebanistas, se me facilitó la obtención de información de primera mano ya que nos tocó reparar algunas de esas casas. Desafortunadamente, las que estaban ya muy deterioradas hubo que derribarlas.

Empezaré explicándoles que su forma era muy sencilla. Casi todas eran rectangulares, con techos de teja de los llamados de cuatro aguas, puertas y ventanas de madera, pisos de ladrillos cuadrados y pintados con “congo rojo” colorante que se extrae de la semilla del achiote (*Bixa orellana*,) algunas con la cocina contraída separadamente y un pozo entre ésta y la casa. En algunos casos el pozo se encontraba dentro de la cocina y a veces se situaba en el patio, con un pequeño techo para protegerlo del sol y que no hiciera lama. Con su carretilla, cuerda y cubeta para sacar el agua a fuerza de brazos.

Las paredes eran de ladrillo, con revoque y pintadas con cal blanca o de colores. Me llamaba bastante la atención el hecho de que muchas de ellas tenían todas las puertas alineadas en el centro de las habitaciones, de manera que si estaban abiertas, se veía de extremo a extremo de la casa lo que

las hacía tal vez más frescas ya que corría bien el aire pero lo que las hacía al mismo tiempo sumamente incómodas pues tenían pocas opciones para acomodar los muebles; sobre todo las camas.

Las tejas planas con las que techaban tenían las puntas redondeadas lo que les daba la apariencia de escamas de pescado. Los caballetes que formaban las cuatro vertientes del techo eran de teja de canal, pegadas con cal de ostión. Las puertas y las ventanas eran de madera, la mayoría de las cuales no tenían cristales y cuando se cerraban a causa de las tempestades o el frío, se quedaba la casa casi a oscuras aunque fuera de día. La madera de cedro rojo era comúnmente utilizada a causa de su durabilidad.

Algunas poseían una escalera fija que daba al indispensable tapanco o desván, penetrando en él por una pequeña puertecita practicada en lo que sería el piso de dicho tapanco; disposición muy útil tanto para guardar algunas cosas como para arreglar el techo desde adentro, ya que las tejas se rompían a menudo y había que reponerlas. Ciertos techos tenían ventanitas en forma de casita para palomas lo que refrescaba un poco y de esa manera hasta podía aprovecharse esa pieza para una pequeña habitación o recámara.

En cuanto a la construcción, se procedía de la siguiente manera : se trazaba la forma y la dimensión de la casa en el terreno escogido y se enterraban unos esquineros, también llamados horcones, de madera de encino que medían cerca de cuatro metros de alto, tres de los cuales iban fuera y el resto era enterrado. Esta última parte se dejaban redonda –o sea, con la forma natural del árbol- y la parte saliente se labraba con hacha o sierra de mano, hasta dejarla de forma cuadrada, de unos dieciocho a veinte centímetros por cada lado. Si la casa era muy larga, le ponían dos horcones estratégicamente situados. Estos horcones llevaban en la parte superior una muesca para recibir la viga cargadora. Además, desde el suelo hasta donde empezaba la muesca, se clavaban unos listones de madera de dos y medio centímetros por lado, para que al colocar el primer ladrillo de cada hilera, el horcón hiciera las veces de castillo. Era un sistema bastante efectivo, pues a pesar de que los horcones de madera tienen tendencia a pudrirse a ras de tierra y a veces se cortan del todo, el conjunto sigue aún sosteniéndose, al grado de que todavía quedan una que otra casa construida con ese método y han aguantado las crecientes del río y varios ciclones y temblores de tierra.

Los ladrillos los pegaban con una mezcla de arena, ceniza y cal de concha de ostión, pues no contaban ni con cemento ni con cal de piedra. Esa cal la fabricaban ellos mismos procediendo de la manera siguiente: iban en panga a los esteros cercanos –a la desembocadura del río Bobos y regresaban con la embarcación llena de ostiones vivos y de conchas de ostiones muertos; claro está, aprovechaban los primeros para alimentarse. Una vez todas las conchas vacías, las quemaban en una fogata de leña cortada en el mismo rancho. Las conchas quemadas eran mezcladas con la ceniza y con arena del río. Una vez molidas y agregando agua, se obtenía una mezcla que les servía para pegar los ladrillos de las paredes, de los pisos, los caballetes o cualquier clase de obra de mampostería.

Este capítulo es un poco más largo y tedioso, porque lleva detalles técnicos de la construcción de habitaciones. Cada vez que hablo de un producto que les era necesario a los colonos, no se trataba nadamás de ir a comprarlos a la tienda o a la maderería, sino que tenían que pasar por un proceso laborioso, largo y cansado antes de obtener todos esos materiales indispensables. Nuestros antecesores eran gente acostumbrada al trabajo; hombres y mujeres cumplían con las tareas pesadas como si fuera la cosa más natural del mundo y algunos morían trabajando.

Otra de las razones que me obligan a darles todos esos detalles es que deseo se comprenda muy bien todo lo que hacían estas personas para dominar su medio ambiente, vestirse, alimentarse o curarse ya

que todo era muy difícil en esos tiempos y así puedan comparar con la vida de hoy en día. A pesar de vivir una vida muy dura, casi sin atractivos, pocas distracciones – y aún menos para las mujeres – eran felices y vivían en armonía con la naturaleza, sin causarle daños permanentes.

Pero continuemos con la contracción de las casas. Una vez puestos los horcones, se colocaba una o más vigas cargadoras de un extremo al otro de la casa. También de cedro rojo aunque a veces de pino americano, las vigas medían por lo regular cinco o seis metros de largo, por quince centímetros de ancho y siete y medio de grueso. Encima de esas vigas cargadoras se ponían las vigas travesaños, del mismo ancho que la casa para que no hubiera empates, ya que recibían gran parte del peso de la estructura del techo y eran la base del tapanco, el cual tenía piso hecho de tablas de cedro clavadas por encima de esas vigas y arriba de todo eso iban los polines o alfardas, como ellos les llamaban y que le daban la forma al techo. Encima, se clavaban las alfajillas, que eran una tiras de cedro de diversos largos, de dos y medio centímetros de grueso y sobre ellas se ponían las tejas.

Como entre las vigas cargadoras y el tapanco quedaban unos espacios de unos quince centímetros del altura y entre viga y viga unos de setenta centímetros de largo, estos espacios raramente se tapaban, sirviendo así de ventilación en el verano. Lo desagradable venía durante el invierno pues eran períodos de mucho viento, enfriándose mucho las habitaciones y como tampoco tenían tela mosquitero, los insectos se metían con facilidad, lo que obligaba al uso de pabellones en las camas. Por todos esos espacios en el techo, más las puertas y ventanas abiertas, la mayor parte del tiempo, se colaban moscas, mosquitos, abejas, avispas, maribombas y las molestas caza-arañas, que hacen largos nidos de tierra en todos los rincones que pueden y hasta en la ropa colgada. Esas avispas no pican, pero las mujeres las combatían con doble empeño porque les llenaban de nidos de tierra repletos de arañas, su vestido o su sombrero más apreciados.

Cuando les relato lo anterior, cualquiera puede pensar que los colonos vivían en constante angustia y más, si les digo que del techo caían a veces alacranes, ciempiés y una que otra culebra o víbora pequeña, pero no era así. Se aprende a vivir tranquilo aún en ese medio.

Resumiendo, la altura de las paredes, techo de fresca teja de barro, tapanco formando una caja de aire y puertas y ventanas casi siempre abiertas en el día y con un diseño que las situaba alineadas eran características que ayudaban a mantener sus casas relativamente frescas en el verano, pero muy frías durante el invierno y expuestas al ataque de toda clase de insectos y de otras alimañas.

En cuanto al alumbrado, es poco lo que hay que decir, pues se usaba el quinqué, un artefacto de vidrio con un base y un espacio para llenarlo de petróleo diáfano, con una mecha plana y un sistema que permite irla sacando según se quema y que posee en la parte superior unos alambres que sostienen una bombilla de vidrio transparente. No daban mucha luz, pero a todo se acostumbra uno y con ese escaso alumbrado se cocinaba, se leía, se bordaba, se nacía y se moría. No sólo en las noches se alumbraba de ese forma, sino también en el día durante las tempestades o la temporada de frío o en las madrugadas, pues hombres y mujeres se levantaban muy temprano para empezar las labores del día.

Quien no tenía quinqués usaba el candil, también llamado chivo, el cual era un simple bote de hojalata con una oreja para meter el dedo para transportarlo –como una taza–, un pequeño cuello, una corcholata encima y un tubito en la punta que era por donde salía la mecha con simples golpes en un lado y que consumían también petróleo diáfano. A pesar de su sencillez era muy útil pues se podía salir con él al patio aunque estuviera lloviendo, siempre y cuando no fuera muy fuerte el viento o el aguacero.

Y como ya les he explicado en un capítulo anterior, muy pocas casas poseían servicios sanitarios en el interior, lo que ocasionaba muchas molestias e incomodidades, sobre todo a los enfermos o cuando había mal tiempo. Los excusados estaban en el fondo del patio, hecho que obligaba al uso muy difundido del bacín o bacinilla y que afortunadamente desapareció en aquellos hogares que tienen ahora servicios sanitarios más modernos. Prueba de que el progreso nos aporta a veces muy buenas cosas.

Las bodas y los bailes

No quiero dejar sin relatar como eran las bodas y los bailes en épocas relativamente recientes, pero que han quedado en el olvido al ser relegadas costumbres muy antiguas por otras nuevas, llegadas de otras partes de la república o aún del extranjero.

Había bodas que se efectuaban con las dos ceremonias: Civil y Religiosa. Otras, solamente por lo Civil, como se acostumbra decir para abreviar, pero en ciertas ocasiones, si sólo se iba a efectuar el Civil, se revolvían un poco las dos ceremonias acostumbrando entonces para la novia, un vestido como el que se usa para la ceremonia religiosa, es decir, el vestido de novia y tanto ella como el novio usaban un anillo de matrimonio pues son detalles de mucho atractivo para las mujeres y a los que les es muy difícil renunciar.

En los casos en que por motivos económicos o religiosos no se efectuaba la ceremonia eclesiástica y como es uno de los días más importantes en la vida de un ser humano, el intercambio de los anillos y el vestido de novia fijaban en la memoria ese día tan especial. También se acostumbraba que el Juez encargado del Registro Civil fuera al domicilio a efectuar el Contrato Civil y les leyera la “Epístola de Melchor Ocampo”.

Si había ceremonia religiosa ésta se podía efectuar en el templo católico de San Rafael o en uno que había en Paso de Telaya. En Jicaltepec, que fue el lugar adonde se instalaron primero los franceses, también hay un templo católico pero como mi llegada a la Colonia coincidió con el asesinato de varios jóvenes de ese pueblo tan lleno de historia y la llegada de la carretera asfaltada del otro lado del río, comenzó entonces la decadencia de Jicaltepec y por eso no puedo relatar el aprovechamiento de ese templo por los colonos anteriores pues yo no lo viví, ni nadie me relató nada sobre él.

También había casamientos en los que se transportaba a los novios, a los familiares e invitados en lanchas de motor hasta el puerto de Nautla.

Cualquiera que hubiera sido la forma elegida, una vez casados los nuevos esposos, se continuaba con el banquete de bodas. En algunas reuniones de este tipo se usaba una costumbre de los antiguos pobladores de este país que era la de servir mole de guajolote, pero en ese tiempo ya lo acompañaban con arroz, que era importación de los europeos y las típicas tortillas mexicanas.

Entre las bebidas se acostumbraban las de origen extranjero como son el vino blanco y el tinto; licores como el ron, brandy, ajeno, coñac, anís y el pipermin, que era una bebida de color verde con fuerte olor a menta o bebidas más suaves como la cerveza. Para los niños no faltaban las aguas frescas, la importada horchata –digo importada porque es hecha a base de arroz, un producto de importación- y las mexicanísimas aguas de sandía o de guanábana. Los hombres que preferían un producto nacional con fuerte contenido de alcohol contaban con el mezcal y el tequila con limón y

sal. Todas esas bebidas se servían en cualquier reunión, ya fueran bodas, bautismos, bailes o toda clase de convivios.

Los que no ofrecían mole, por lo regular tenían ganado vacuno y porcino; mataban una novillona, una vaca o varios cerdos que las familias engordaban con anticipación cuando tenían un compromiso de este tipo y servían carnitas, moronga, chicharrones y cueritos a medio freír, tiernos y calentitos, acompañados con ricas salsas de jitomate, cilantro y chiltepín. Sin faltar el guacamole y las ricas tortillas con las cuales hacía uno mismo sus tacos. Años más tarde se agregó la “Chafaina” o “Chanfaina” que es un guiso a base de vísceras, jitomate, cebollinas, chile y yerbas de olor. Cuando relato todo esto se me hace agua la boca porque en ese tiempo se disfrutaba más de la comida que ahora, pues ignorábamos su alto contenido en grasas saturadas y que nos iba a producir colesterol.

Pero dejemos las cosas tristes y sigamos con las bodas y las fiestas que es un tema mucho más agradable.

Las familias menos acomodadas, que no podían o no querían una fiesta costosa, la hacían en la mañana y se limitaban a servir un rico y espumoso chocolate, acompañado de las sabrosas “rototas” -que es un pan dulce grande y redondo, hecho a base de mucho huevo-, así como de galletas de varias clases y otro pan conocido como “gato” o *gateau*, que era una especie de emparedado de dos capas de masa de harina de trigo con mermelada al centro y azúcar encima. Todo lo anterior eran productos completamente caseros. Todavía me tocó ver a unas lindas viejecitas con su vestido largo hasta los tobillos y peinadas con chongo, metiendo y sacando, con una larga pala de madera en los hornos de ladrillos con forma de domo y calentados con leña, toda clase de panecillos y galletas para gran delicia de la familia. Bellas estampas de un pasado que ya nunca volverá.

Mientras se disfrutaba de la comida y de la bebida en estas fiestas campiranas, empezaba la música, que en los inicios de la Colonia era de aficionados que tocaban algún violín, un órgano de boca, una guitarra y a veces, un acordeón. Más tarde, cuando ya se formaron las orquestas profesionales en la región, se les contrataba para amenizar estas reuniones.

Terminada la fiesta -muchas parejas no tenían viaje de luna de miel como ahora se acostumbra-, los esposos se iban directamente a la casa que se había alistado con anticipación para el nuevo matrimonio y al otro día ya estaban trabajando. Si no se había dispuesto una casa para ellos solos, se les proporcionaba una habitación en la casa de los padres del novio y de esta manera la nuera se transformaba en uno más de los miembros de la familia. Este sistema ahorra mucho dinero en tiempos difíciles como esos, pero cuando las mujeres de la casa no congeniaban, como estaban todo el día juntas, era el principio de futuros problemas.

De los bailes de “paga” o de “cuota” no hay mucho que decir. La cuota sólo la pagaban los caballeros que bailaban y a excepción de ellos, todos los demás entraban gratis y aún más las señoritas, las cuales asistían solamente si su familia era invitada, por escrito. Los organizadores tenían las listas de las familias con muchachas de la edad apropiada, que eran casi todas, pues como eran familias con muchos hijos, siempre tenían una o varias en edad de bailar y se consideraba una gran ofensa tener una muchacha que ya bailaba y que no recibieran la invitación respectiva.

Estas señoritas iban acompañadas de sus madres, sus padres, sus hermanos mayores y muchas veces hasta de los hermanos menores, así el salón se llenaba de gente que no pagaba a excepción, como ya lo dije, de los caballeros que sí bailaban.

No se acostumbraban mesas aisladas unas de otras como en la actualidad, sino que en todo el rededor del salón había bancas largas de madera donde se sentaban los familiares, amigos y curiosos y se bailaba por “tandas”, tres o cuatro piezas de música seguidas de varios minutos de descanso de manera que si el caballero tenía suerte y conseguía pareja, casi siempre era por la tanda completa. Terminada la tanda, la orquesta tocaba unos compases ya conocidos que eran la señal de que la orquesta se iba a descansar unos momentos y si la dama deseaba sentarse o quedarse parada junto a su familia, se le llevaba a su lugar, dándole atentamente las gracias por su gentileza.

Las que no deseaban sentarse o ya no había lugar en que hacerlo, daban vueltas alrededor del salón del brazo de sus amigos, pretendientes o novios, hasta que se reanudaba la música. Muy elegantes con sus vestidos largos y abanicándose indolentemente en tiempos de calor, con sus bellos abanicos. La imagen no puede ser más romántica y nostálgica.

Al reanudarse la música, los caballeros que no tenían pareja debían estar atentos antes que nadie a invitar a bailar a la dama de su agrado y como era de mal gusto que ella negara la invitación al primero que llegara, aunque a veces le gustara otro, aceptaba por educación y si tenía novio, le advertía al que la había invitado que sólo bailarían una pieza con él porque tenía compromiso y el resto de la tanda ya la bailaba con su novio. Si no lo tenía, bailaba la tanda con el primero que se lo solicitara y si había alguno especialmente interesado en bailar con ella, tenía que estar muy abusado la siguiente tanda par que no le pasara lo mismo y poder bailar con la dama de sus sueños.

Estos bailes empezaban a las ocho de la noche, alumbrados por lámparas de gasolina y algunos terminaban hasta la madrugada y cuando llegaban a sus casa a las cuatro o cinco de la mañana, las jóvenes se ponían a hacer el café y los jóvenes se dirigían directamente a la ordeña o a dar de comer a los animales y nadie protestaba; al contrario, estaban felices de que sus padres les hubieran permitido ir al baile ya que ahí, aparte de divertirse, era fácil conocerse, tratarse y empezar una amistad que podría llegar al matrimonio.

El racismo y la tolerancia

Tengo que reconocer que por las fechas de mi llegada, sí había algo de racismo en la Colonia; sobre todo entre las personas mayores y como aprendí a inyectar y lo hice a domicilio durante muchos años, tuve contacto con muchas personas. Siendo yo de piel blanca, esas personas me toleraban bastante bien, pero algunas, sobre todo las viejecitas, cuando se referían a personas de piel oscura, lo hacían en tono despectivo.

Esto no indicaba que las odiaran o los menospreciaran solo por el color de su piel, puesto que les invitaban a su mesa aunque fueran peones del campo. Lo que les molestaba en grado sumo era la posibilidad de que sus hijos, y sobre todo sus hijas, se casaran con ellos. Y cuando lo hacían, pues sucedió más de una vez, era como si hubieran hecho una traición a su raza. Cuando llegó la carretera, la mezcla se aceleró aún más y para mí que fue para bien, pues eran relativamente pocas las familias de origen francés y entre las que había, ya se estaban casando entre primos y empezaron a presentarse problemas de tipo hereditario debido a la consanguinidad y fue lógico que al llegar la carretera, con su mayor tránsito de personas de otras partes del país, tanto los muchachos como las muchachas se empezaron a casar a su gusto, sin importarles la opinión de los mayores; haciéndose

célebre la opinión de una muchacha de piel excesivamente blanca, que tuvo por meta – y así lo hizo -, casarse con un hombre de piel morena, para que sus hijos no salieran “nevando, nevando”.

Efectivamente, los hijos de estos matrimonios, salían fuertes ejemplares humanos y con menos taras, ya que se alejaba el espectro de la consanguinidad. Y yo, tanto les advertí a mis hijos sobre ello, para que pusieran cuidado de no casarse con parientes, que finalmente ninguno se casó con una persona de aquí y después les decía yo en broma : “Está muy bien que me hayan hecho caso, pero exageraron”.

En esto del racismo, es muy difícil ser completamente tolerante y comprensivo. He leído datos de que a México, como a Estados Unidos, llegaron aproximadamente medio millón de personas de raza negra a cada país y que mientras que en México, la población los fue absorbiendo poco a poco, al grado de que hay pocas personas de raza negra pura, en Estados Unidos se mezclaron muy poco a la población del país y se reprodujeron hasta formar millones. Esta situación la comprendo, pues ha de haber sido difícil para los padres de una joven –pongamos por caso- de tez muy blanca, rubios y lacios cabellos y de rasgos muy finos, verla casada con una persona de raza negra, de características completamente distintas.

En México, como quiera que sea, era más factible que se casaran con una persona de raza indígena y para sus descendientes, irse mezclando y formando una raza mucho más homogénea en todo el país. De esa forma, los matrimonios interraciales no tenían un impacto tan fuerte como en el país vecino del norte.

Lo que si no comprendo es el odio hasta el grado de golpear y asesinar a una persona por el simple hecho de tener la piel de otro color y que no nos ha hecho ningún daño. Eso sí no lo veo bien, pues no creo en la superioridad de una raza sobre otra, aunque sí en la de un individuo sobre otro ya que esto puede ser por su inteligencia, escolaridad, preparación o cualquier otro motivo que lo eleve por encima de los demás, pero en este caso, cualquier persona, de cualquier raza, puede tener los méritos suficientes para elevarse por encima, tanto de otros individuos de su misma raza como de los de cualquier otra.

Para terminar con este tema . solo agregaré una opinión personal : **“Cualquiera que se crea superior solo por su raza o por su nacimiento, ya es inferior”**.

En cuanto a la tolerancia religiosa, quiero expresar mi admiración por toda la Colonia de San Rafael, pues a pesar de su formación de mayoría católica, ha sido y es, bastante tolerante con personas que practican otra religión o no practican ninguna. Y aún en el caso de que hubiera alguna persona intolerante, cuando menos no son fanáticos y todo el mundo vive en paz.

Es inconcebible que en la época en que vivimos, todavía haya quien se mate por motivos religiosos. Yo estoy completamente de acuerdo con un escritor norteamericano, cuyo nombre no recuerdo, que escribió : “Que importa que tú creas en un Dios y tu vecino crea en veinte, mientras no venga a tratar de romperte una pierna”. Si todos fuéramos tolerantes con los demás, se acabarían muchos de los conflictos que afligen a la humanidad.

Nota de Elizabeth :

No dejan de impresionarme de cierta manera, las circunstancias y las coincidencias de los eventos. Julio Simonin fue un ferviente defensor de las ideas descritas en este capítulo. Desde niña lo

escuché decir repetidamente : “Hay que mejorar la raza, no empeorarla” ya sea que se hablaba del racismo de algunas personas, de consanguinidad, de alimentación o de cualquier otro sujeto que pudiera contribuir a la deterioración de la calidad de vida de una generación. No sé si ello contribuyó al hecho de que yo me casara con un extranjero. ¿Coincidencia o condicionamiento debido a su influencia?

En cuanto a la religión, la familia Simonin en su mayoría, son ateos. Algunos dicen creer en Dios, pero no en sus “achichincles”, englobando con esa palabra a los santos, los fanáticos y el clérigo. A pesar de eso, respetaban las creencias de los demás. Tanto mi tío como su hermano Rafael (mi padre), “pactaron” con sus respectivas esposas, que no se casarían religiosamente, solo por el Civil; a cambio, aceptaban que sus hijos o hijas fueran bautizados por la iglesia católica y dejaron a la discreción de cada uno de nosotros, la decisión de creer o no en una religión, sin intervención alguna de parte de ellos.

En cuanto al fanatismo religioso, Julio, que era un hombre que leía mucho y que se instruía sobre sujetos diversos, simplemente no lograba comprender como un ser humano podía cometer actos innobles en nombre de un Dios, cualquiera que éste fuera. Por esa razón, él nunca hubiera podido admitir que un puñado de hombres se levantara un día y se prepara a cometer atrocidades como las del 11 de septiembre, Y no por el hecho de que los Estados Unidos fueran su país de predilección o porque fuera un castigo merecido o no, para la soberbia de ese país, sino por que fuimos testigos, en directo, de esos acontecimientos. Y es ahí en donde otra de las coincidencias del destino no deja de extrañarme : Mi tío falleció una semana antes de los atentados del 11 de septiembre; como si el Dios en el que él creía, hubiera deseado evitarle esa visión.

El luto

Al comentar sobre el luto, tal como se acostumbraba llevarlo no solo en la Colonia de San Rafael, sino en toda la República Mexicana, les diré que es un tema que me llena de indignación, por la evidente injusticia hacia la mitad de la humanidad: las mujeres.

Casi todas las sociedades del mundo, pasadas y presentes, por medio del peso de las costumbres, de la ignorancia, de las religiones, las supersticiones, los tabúes, las tradiciones, y hasta el miedo del “que dirán” van influyendo en las diversas maneras de llevar el luto por una persona amada, que ha fallecido. Y aunque hasta a nosotros han llegado románticas versiones del sufrimiento o de la muerte de algunos caballeros que estuvieron en ese caso, la verdad es que la que lleva la peor parte, cuando se trata de llevar un luto, siempre es la mujer.

Aunque en no todas las familias era igual, aquí se acostumbraba llevar dos años de luto por el padre, la madre o un hijo, aunque parece que en el caso de un hijo, dependía de la edad que tuviera. Por los tíos carnales entre seis meses y un año, pero a veces más. Tíos segundos y demás familiares mínimo tres meses y por un esposo, las viudas guardaban dos o tres años y algunas, por su propia voluntad, lo extendían hasta cinco y otras de por vida.

Por un hermano, no estoy seguro, parece que era más o menos un año. Pero de lo que sí estoy seguro es que como eran familias muy numerosas, cuando todavía no salían de un luto, ya entraban a otro y si las mujeres de edad madura o ancianas lo soportaban más o menos bien, las mujeres jóvenes sufrían, pues es la edad de gozar de todo lo bello de la vida: los paseos, los bailes, las fiestas, los

enamoramientos, el amor, el casarse, el sexo... y en general, todas las cosas bellas que nos la hacen más llevadera.

Muchas de estas jóvenes sufrían con tantos lutos, uno sobre el otro y veían frustradas sus ilusiones, pues al tener menos oportunidades de conocer a jóvenes del sexo opuesto, muchas, tal vez demasiadas, no llegaban a casarse.

Y si siempre digo que eran las mujeres las que se llevaban la peor parte, es porque los hombres no cumplían – ni cumplen - al pie de la letra, los lutos, ni aquí en la Colonia ni en ninguna otra parte del mundo. Un hombre que está de luto, cuando salía de su casa, ¿Quién lo iba a vigilar que lo cumplía estrictamente? En cambio, a la mujer que está sometida a la familia, tanto moral como económicamente, era muy fácil controlarla y obligarla a llevar un luto más allá de lo que su corazón le pide.

Quiero agregar a este respecto, que el luto iba tomando diversas formas en el vestir, según iba pasando el tiempo fijado. Por ejemplo : el luto riguroso se llevaba con un vestido completamente negro, con mangas largas y cerrado hasta el cuello. Cuando se cumplía la mitad del tiempo, podían cambiar a falda negra con blusa blanca y en el último cuarto del período, las niñas podían vestirse de blanco y las mujeres mayores de “negrito”, que era una tela con fondo blanco, estampado de diversas figuras negras y pequeñas, de manera que el vestido se viera más negro que blanco. Los varones solo llevaban un listón negro prendido en una manga de la camisa o del saco.

Durante el luto, no estaban permitidas ninguna clase de diversiones como la música, el baile, el teatro o posteriormente el cine, etc., etc., etc.

Afortunadamente este tipo de de lutos ya casi se acabó y si tuvieron vigencia fue porque la educación era formativa para respetar a los muertos. Pero yo diría que se nos debería educar para que entreguemos a los seres amados, todo el amor, el respeto y todo tipo de consideraciones, mientras aún viven y nos olvidemos de los lutos irracionales. Si se impusiera a los hombres el observarlos al pie de la letra, estoy seguro de que las tradiciones cambiarían rápidamente, hacia formas más benignas.

Hay muchas historias y leyendas que viene desde la antigüedad, en las que las mujeres resultan siempre las víctimas. Como la del “Minotauro y su Laberinto” en la Grecia Antigua; la “Quema de las viudas” en la India; y la de “Los Cenotes Sagrados” de los Mayas Precolombinos. Como el poder se encuentra casi siempre entre las manos de los hombres, ellos son los que inventan esas tradiciones muy “honrosas”. Claro, mientras no sean ellos los que han de cumplirlas y sean sacrificados.

Por eso aquí quiero dejar un mensaje a mis hijas, mis nietas y demás descendientes femeninas y en general, a todas la mujeres : Cualquier mito, tradición, etc. que la sociedad en la que viven quiera imponerles, que los primeros en ponerlos en práctica sean los hombres y así los analicen y piensen si de verdad vale la pena seguirlos. En el caso de que un hombre decidiera por su propia voluntad arrojarse a un pozo y a las mujeres les parezca una estupidez, o que ese hombre es un fanático o un loco y no desean seguirlo, luchen pero no se dejen llevar como ovejas al matadero.

Todo lo anterior me salió directamente del corazón al tocar el tema del luto. En lo que a mí respecta, no tienen porque guardarlo y con un pensamiento que me dediquen, de vez en cuando, será más que suficiente.

Nota de Elizabeth :

En los dos últimos párrafos de este capítulo, se reconoce la personalidad del autor. Un hombre que continuó a crecer y a evolucionar en su mente y su manera de vivir; que defendía la causa de las mujeres sin perder ni su dignidad ni temer por su virilidad.

Tío : ¡Bravo! En dondequiera que estés.

La cacería, los animales silvestres y las plagas

(primera parte)

En una parte de mi relato, decía que en la Colonia de San Rafael casi no hay cacería ni animales silvestres; pero me entró la curiosidad de saber cómo era la situación a la llegada de los inmigrantes franceses, a mediados del Siglo XIX y con el objeto de recabar información en este sentido, le pregunté a varias de las personas más ancianas de esta comunidad, si tenían alguna experiencia en ese sentido o sus padres o sus abuelos y lo que averigüé me dejó sorprendido, ya que la región era una verdadera selva, que no le envidiaba nada a las pocas que quedan en la actualidad, con una enorme variedad de animales silvestres, unos propios para la cacería y otros que eran exterminados por su peligrosidad real o imaginaria, para el ser humano o sus animales domésticos.

Además del conejo, había venados de dos clases : el “cola blanca” y el “mazate” que era más pequeño, jabalíes, coyotes, tejones, mapaches, tlacuaches o zarigüellas, ardillas, armadillos, tuzas, cuatuzas, tepexcuintles, nutrias (llamadas aquí “perros de agua”) y hasta changos y pumas.

Entre los reptiles había lagartos, iguanas, tilcampos, lagartijas, culebras y víboras entre las más conocidas estaban las raneras, mazacuates, coralillos, cascabel y nauyacac de dos clases, la “rabo amarillo” y las “cuatro narices”, muchas veces de mordida mortal y que son más peligrosas que un puma o cualquier otro animal salvaje, ya que por su tamaño, se esconden en cualquier grieta o resquicio y atacan rápida y silenciosamente, causando la muerte.

En la actualidad todavía existen, pero en mucho menor proporción, ya que antes las había por millares, al grado de que había personas que se especializaban en su captura y cuando se sospechaba que algún animal había sido mordido por una víbora, los contrataban para encontrarlas, lo cual hacían por medio de silbidos especiales y otras mañas; una vez que las capturaban, las entregaban vivas, pues según su creencia, podían capturarlas pero no matarlas, ya que entonces perderían el poder que tenían sobre ellas; si dedían matarla, tenía que ser por el interesado y no por el capturador. Estas personas se ganaban el respeto y el aprecio de la comunidad, por su éxito en la captura de las serpientes venenosas.

Siguiendo con el tema de los animales silvestres, me nombraron muchas aves, entre ellas a las palomas silvestres, torcaza, huilota, cu-cú azul y café, así como codornices, pájaros carpinteros (también llamados chéncheres o chéjeres), tucanes, luises, garzas, patos, tordos, ánzares, auras, zopilotes, águilas, totocalcas, tecolotes, gavilanes, pepes, alcatraces o pelícanos, cuervos, buitres, piscuyo o pijuy, cotorras, percios, papanes –todos muy escandalosos-, así como tampoco faltaban las

aves canoras y de ornato, como la primavera azul o café, el clarín, zenzontle, calandria y algunos años, según me dicen, bajaban de la sierra los canarios.

También había el rojo cardenal, los colibríes de diversas especies e iridiscentes colores y hasta faisanes. Me nombraron a una ave que nunca había oído nombrar conocida localmente como “cojolite”, parecida a una hembra del pavo o guajolote casero; cosa rara, ninguno me nombró al pavo salvaje, oriundo de América y cuya reproducción y consumo se ha extendido por todo el mundo.

A todas las especies las he mencionado con el nombre común, pues no quiero cansar al lector con los nombres científicos, pues se trata de hacer notar la enorme variedad de animales que había en esta región; algunos de ellos muy útiles para el hombre, otros muy peligrosos para él o sus animales domésticos y otros más que eran una verdadera plaga para la ganadería o la agricultura, tanto los ratones del campo como los caseros, que se comían los granos en las bodegas o cuando ya estaban sembrados, impidiendo su nacimiento o los tordos, que arrancaban las plantitas de maíz recién nacidas y cuyos daños obligan a las por ahí famosas “tordeadas”, que consistían en vigilar las siembras desde el momento en que empezaban a salir las puntitas de la tierra, hasta que fueran tan fuertes que ya no pudieran ser arrancadas por los pájaros y desde el amanecer hasta el momento en que los tordos se retiran a sus nidos.

Era un trabajo muy molesto y aburrido, aparte de que casi siempre hacía frío ya que la mejor temporada de siembra era en tiempo de los “nortes”, con mucho frío y lluvia, muy fuerte o en chipichipi. Los que cuidaban la siembra, conocidos como “torderos” (casi siempre niños o jóvenes) hacían pequeños refugios con varas y hojas del campo, para protegerse de las inclemencias del tiempo, pero solo por ratos, ya que cuando en el terreno de la siembra se posaba una parvada de tordos, los perseguían a gritos y blandiendo un látigo que producía un sonido muy fuerte y no se podía descuidar ni un momentito porque una parvada de tordos causa muchos daños en unos cuantos minutos.

También me tocó escuchar que había quienes los envenenaban con estrinina, pero dejaron de hacerlo porque eran criticados por otros agricultores, ya que cuando viene una plaga de gusanos o de cualquier otro insecto, los tordos son muy útiles para acabar con ellos o disminuir el daño que producen. En la actualidad, se acostumbra colocar en las siembras unos hilos muy delgados, atravesados en varias direcciones y amarrados en la punta de unas estacas clavadas en el suelo.

Cuando las matitas habían crecido y los tordos ya no podían arrancarlas, el colono se enfrentaba a otros enemigos, como el conejo, el venado y otros animales silvestres y hasta los domésticos, que se las comían y si a pesar de los daños llegaba la milpa a elote, los mapaches, tejones, coyotes y otros animales llegaban a “despacharse con la cuchara grande” y cuando ya era grano duro, entraban las cotorras, pericos y otras aves que en parvadas, destruían la cosecha ya dada. Por si eso fuera poco, una vez recogida, había que protegerla de los insectos; el más dañino de los cuales era, y sigue siendo, el gorgojo.

Para protegerse de él, metían los granos bien secos en tanques llamados tambores, hechos de lámina lisa galvanizada, con un orificio grande en la parte superior, con tapadera del mismo material, con un orificio chico en la parte inferior y con una tapa de rosca hecha de bronce, que era por donde iban sacando los granos según los consumían, sobre todo el maíz y el frijol.

Qué difícil ha de haber sido para los colonos y aún más para los primeros que llegaron, luchar con tantas plagas y animales. A pesar de todo, han llegado hasta nosotros noticias de las magníficas

cosechas que producían, gracias a la feracidad de la tierra y al buen régimen de lluvias que existe en la región.

No puedo dejar de nombrar a otras plagas muy molestas y a veces peligrosas. Estaba la de los gusanos “medidores”, llamados así porque se desplazan doblando el cuerpo por la mitad, avanzando la parte delantera y la parte trasera, alternativamente, y parece que van “midiendo” el terreno. Este gusano deja las matas de maíz o de pasto, completamente pelonas, quedando el puro tallo, por lo que la milpa no producía y en los potreros quedaba el ganado hambriento y flaco.

En los años en que veíamos pasar muchas mariposas por días y días, ya se esperaba que iban a nacer gusanos por millones y que arrasaban con todo lo que se podía comer. Algunos años, también hubo plaga de “langosta” un insecto ortóptero que llegaba en verdaderas nubes y a su paso, hasta los árboles quedaban sin hojas, dejando huevecillos que nacían pocos días después; los colonos se veían en la necesidad de hacer zanjas de un metro de hondo, las llenaban hasta la mitad con las crías y las cubrían con tierra, en un esfuerzo por interrumpir su ciclo de reproducción, lográndolo solo en parte.

También, en los calurosos veranos de esta parte del estado de Veracruz, había plagas de moscas de varias clases, entre ellas la común o doméstica, que infestaba las casas, corrales y lugares de ordeña, pues era atraída por el olor de cualquier clase de comida, desperdicio o excrementos de los animales domésticos, ya que había muchos en cada granja. Esas moscas contaminan con sus patas y sus propios excrementos, todo lo que tocaban. Había una mosca muy pequeña que infectaba los ojos, sobretodo a los de los niños, produciendo una secreción parecida al pus; esta mosca era muy molesta y difícil de curar el mal de ojos que producía, ya que no había ninguna medicina realmente eficaz en ese tiempo.

Fin de la primera parte...